

Santamaría, Ana Esther. *Un paseo simbólico por el bosque. Aproximación a su dimensión originaria*. Editorial Dykinson: Madrid, 2020.

María Gómez López

«El bosque que no se puede conocer desde la linde. Es un ejercicio inútil andar merodeando por los márgenes de la espesura tratando de discernir qué es lo que hay más allá de la primera línea de árboles», escribe Ana Esther Santamaría al inicio del libro *Un paseo simbólico por el bosque. Aproximación a su dimensión originaria* (p. 13). Es con esta frase inaugural que la autora invita al lector a sumergirse en algunas de las dimensiones del complejo universo del bosque. El libro, adaptación de la primera parte de su tesis doctoral, ofrece un posible camino de regreso a la densa espesura de estos ecosistemas que en las últimas décadas y a causa de los recientes y radicales cambios globales, se han visto en gran medida amenazados y mermados. Su reducción paisajística, sin embargo, contrasta con la expansión y continuidad de su imaginario en la memoria colectiva, un imaginario que lo preserva como un «lugar prístino y salvaje» (p. 14) que no se corresponde con su realidad territorial. Quizás por ello, afirma la autora, que del bosque «podría decirse, incluso, que es un concepto sobresaturado de semántica. Es más, podría parecer que su carga significativa supera, con mucho la objetividad de su existencia» (p. 16).

Bajo el título “Del bosque real al bosque simbólico”, Ana Esther dedica el primer capítulo del libro a rastrear la consolidación de su imaginario en la memoria colectiva. Partiendo de la noción de arquetipo enunciada por Carl Jung y sus implicaciones en relación al concepto de bosque, este se revela como símbolo de bipolaridad vinculado a lo femenino y maternal, pero también a lo amenazante y lo inconsciente. La autora establece un paralelismo del bosque como madre y madrastra al mismo tiempo, ya que «por una parte está la dimensión nutricia de la selva, fuente de alimento y cuna de la fecundidad; por otra está la del abismo, de la muerte y de lo angustioso» (p. 18). Estas cualidades son las que posiblemente lo erigen en tantos cuentos de la tradición popular como espacio fronterizo y transitorio desde el que conectar «con la dimensión oscura del inconsciente para poder renacer» (p. 18), tal y como señala Ana.

Junto a estas cualidades, la autora analiza el elemento rítmico del bosque como un factor central en la gestación de ciertos sentimientos que este desencadena. Santamaría desgrana una exploración articulada en torno a la mirada sensorial y emplazada el ritmo que configuran los elementos del espacio autorreferencial y especular que es el bosque y su reverberación en aquel que se adentra en el mismo, afirmando que «el paseante en el bosque deja de ser sujeto pasivo, se acomoda a la espesura y resuena en él el pulso de la existencia vegetal en una experiencia identificativa» (p. 21), particularmente materializada en el reconocimiento de ciertas afinidades entre el árbol y el hombre. En esta vivencia empática con y del entorno, escribe la au-

tora, reside el potencial no solo de desarrollar un sentimiento de pertenencia al mundo, sino también de regresar a un tiempo primordial anclado en el concepto de bosque y por tanto, activado al adentrarse en su realidad paisajística.

La consolidación de este carácter simbólico de las arboledas las ha situado en el centro de muchas de las estrategias del pensamiento humano para aprehender y explicar un mundo diverso y a veces insondable. Con estas reflexiones abre la autora el siguiente capítulo del libro, titulado “La construcción simbólica del bosque como origen”. En el epígrafe “Una selva de palabras: significados del bosque desde el lenguaje” Santamaría emprende un rastreo etimológico de las distintas palabras utilizadas en variados tiempos y lugares para nombrar al bosque, así como sus expansivos ecos semánticos, advirtiendo de que ninguna es capaz por sí sola de evocar la polimorfa naturaleza del bosque y la variedad semántica que la palabra entraña. Este recorrido panorámico se detiene en algunos de los usos, orígenes y posibles lecturas de acepciones como bosque, arboleda, floresta, foresta o selva, y sus posibles resonancias en expresiones como buscar, emboscar, fuera, abundancia o espacio libre. Ana se adentra en el frondoso –incluso arborescente– mundo de la etimología para descubrir, por un lado, que el bosque y sus imaginarios no encuentran un vocablo transversal con correspondencia semántica en todos los idiomas. Por otro, que al igual que sus hectáreas se han visto progresivamente reducidas, las palabras que lo designan han ido adquiriendo connotaciones cada vez más domesticadas, reflejando las nomenclaturas esa mengua de la espesura.

A este rastreo etimológico que permite a la autora evocar algunas de las dimensiones del bosque físico y simbólico, le sigue el capítulo “El bosque sagrado: primer templo y primera escuela”, consagrado a explorar la sacralidad del árbol y el ecosistema boscoso, así como su concepción como espacio para un saber más imaginativo, somático y en estrecha conversación con el entorno en distintas culturas. Y es que «la experiencia directa con el bosque predispone a un saber que va más allá de las palabras, que conecta con una esencia íntima y primordial» (p. 38). Es así como el bosque se revela como una suerte de *sanctasanciórum* al mismo tiempo que como escuela viviente, lo que lo convertiría en el blanco perfecto en enfrentamientos bélicos donde su destrucción sería considerada como signo de sometimiento y dominación. En la actualidad estas concepciones se han ido difuminando, pues «la modernización, la urbanización exacerbada y los cambios en las aspiraciones de los habitantes del territorio han originado que se debiliten los credos religiosos antiguos y los tabúes, y han fomentado un aumento grave de la presión sobre los bosques» (p. 39). Paradójicamente, esto ha resultado en la ya mencionada antagónica limitación de su extensión frente a la expansión y consolidación de sus imaginarios en la memoria colectiva.

Tal y como analiza la autora en el epígrafe “El bosque en los mitos: desde la inocencia hasta la nostalgia”, estos imaginarios boscosos se han configurado también en gran medida a través del pensamiento mítico, que permite articular, desde la realidad familiar, respuestas a cuestiones y fenómenos inexplicables. Entre ellos, uno de los más destacados ha sido probablemente el del origen de la humanidad, en cuyos mitos frecuentemente aparece el bosque como espacio primigenio abandonado en distintos estadios del progreso cultural de las civilizaciones. Esta partida motiva dos procesos consustanciales: por un lado, la idealización y exaltación de ese escenario boscoso originario; por otro, un sentimiento de nostalgia por la imposibilidad de regresar a ese lugar prístino y salvaje que, en otro tiempo, fuera la morada del hombre. Ana

Esther afirma, sin embargo, que aunque es posible que el bosque jugara un papel esencial en la vida de los primeros homínidos tal y como demuestran algunos estudios recientes, es probable que este no fuera la selva frondosa que uno imagina, especialmente considerando los radicales cambios climáticos de la era de las últimas glaciaciones y los posteriores calentamientos.

Como parte de esta sección consagrada a la presencia del bosque en el pensamiento mítico y bajo el sub-epígrafe “Los árboles y los bosques en los mitos cosmogónicos”, Ana Esther se detiene, en primer lugar, en la aparición sincrona del árbol cósmico en pueblos no convivientes como uno de los mitos más fecundos y universales para explicar el origen del mundo y el lugar del hombre en el mismo. Esto probablemente responde, primero, a la consideración altamente positiva de los bosques que llevaría, en una suerte de ejercicio metonímico, a divinizar a los árboles. Segundo, a un pensamiento análogo que permite identificar al árbol con un proceso de vida y muerte que no es sino reflejo de lo que ella misma denomina “dinamismo vital”. Por último, y solo en algunos casos, a la concepción del propio árbol como antecesor –directo o a través de un animal mítico como mediador– del hombre.

En el segundo sub-epígrafe de esta sección, titulado “El bosque como principio de la civilización”, la autora recoge los mitos del nacimiento de Pelasgo en Arcadia, la leyenda de Rómulo y la fundación de Roma y el episodio de Gilgamesh en el Bosque de los Cedros, con el fin de analizar la filiación que, a través del mito y en distintos estadios del progreso cultural, algunas civilizaciones establecieron con el bosque. Y es que no pocos pueblos entenderán que el desarrollo como civilización conlleva un alejamiento de la vida natural, encontrando en el mito una forma de «entroncar su genealogía con el aspecto salvaje del bosque» (p. 47).

Con “Los paraísos inaccesibles y el comienzo de la escisión”, Ana revisa ese alejamiento progresivo del espacio natural con el desarrollo de la cultura y la consecuente consciencia, teñida de nostalgia, de lo que se dejaba atrás. La autora rastrea cómo este proceso cristaliza en no pocas comunidades en la concepción de la morada de los dioses, vedada al hombre, y de los paraísos inaccesibles en «un espacio en el que han desaparecido todos los aspectos penosos y desagradables de la realidad» (p. 53). Entre los ejemplos, menciona el Olimpo griego, el monte Meru en India, el *Alcheringa* australiano, el *Shambala* budista, el Dilmún de los sumerios, el *Penglai-Shan* chino o el *Bielovodye* de la antigua Rusia. Pero también los vergeles prometidos a los creyentes musulmanes en el Corán o el críptico paraíso cristiano, entendido más como un posible y nostálgico regreso a un estado de pureza equiparable a lo que se perdió con la expulsión del Edén y la consecuente caída de la humanidad, que a un lugar con correspondencia tangible en la realidad mundana.

Con las reflexiones recogidas en “Primero fueron los bosques”, la autora cierra la publicación volviendo la vista hacia esa relación entre el bosque y el hombre a través del pensamiento mítico, la historia y la memoria colectiva, que lo han consolidado no solo como posible antecedente de la humanidad en su dimensión simbólica y paisajística, sino también como un lugar de memoria – en el sentido procesual en que lo enunciaría Pierre Nora – donde, en la interacción de pasado y presente, parece posible reestablecer los vínculos con un espacio primigenio en permanente reinención.

Este epílogo, que en realidad parece anticipar una posible continuación del tema en futuras publicaciones, permite entender que *Un paseo simbólico por el bosque. Aproximación a su dimensión originaria* es una interesante apuesta por la recons-

trucción de la noción de bosque que la humanidad ha elaborado con el paso de los años, pero también una tentativa de explorar –desde la consciencia, intuición y memoria histórica, imaginativa, mitológica– otras maneras de entender, vivir, visitar y relacionarse con estos ecosistemas. En otras palabras, el libro es prueba fehaciente de que el bosque no es sino puro proceso y reinención, una inagotable indefinición. Y es que, tal y como afirma Ana Esther Santamaría, «llegado a este punto, no queda más que aceptar que no es posible dar una definición acotada de la palabra *bosque* (...) Sin embargo, esa imposibilidad de definición que tienen las cosas importantes es lo que da sentido a la continuidad de este texto. Pues es precisamente esa necesaria falta de precisión la que permite que la palabra *bosque* acoja significados, incluso discordantes, que faciliten una mejor comprensión de lo que es, por su propia esencia, incomprendible» (p. 31).